

Los Cucubanos

Nila siempre le tuvo miedo a los cucubanos. Cuando pequeña, la tía Goya le había explicado que los cucubanos eran las almas de los difuntos que venían a buscar a sus seres queridos.

Desde entonces la visita de esos minúsculos luceros intermitentes que fascinaban a los demás niños representaba para ella una pesadilla aterradora.

Se imaginaba que la arrastrarían con hilos invisibles hacia la lejana y misteriosa morada de los muertos. Cuando su mamá le cantaba una nana a la hora de dormir, Nila cerraba los ojos bien fuerte para no verlos si aparecían. Luego escondía la cabeza bajo la raída frazada que religiosamente la acompañaba al petate. Trataba de dormirse rápido para evitar los malignos visitantes.

El día que a Mamá se le llevaron al hospital, Nila oyó que los parientes lloraban y rezaban más que de costumbre. Esa noche con la preocupación se olvidó de los cucubanos.

Pero se le aparecieron. Los vio tan pronto reventó en la noche el concierto de chicharra y coquí. Nila tuvo un terrible presentimiento. Sintió un dolor profundo, pero no sintió sorpresa cuando al otro día le dijeron que tenía que irse con Tía porque Mamá había muerto.

Y así los cucubanos le anunciaron todas las desgracias de su vida: los vio la noche antes de que Tía se ahogara en la crecida que causó San Felipe, la visitaron cuando a su hermano Cristóbal lo mataron en San Juan y le avisaron que a su primo lo iba a aplastar la grúa de la central.

Luego no los volvió a ver por mucho tiempo. Al verse sola se fue al pueblo a trabajar de sirvienta. Pasó de casa a casa, de señora a señora y de cocina a cocina sin ver los cucubanos. Tampoco los vio durante su noviazgo con Sinesio. Parecía que se los había tragado el campo o que se escondían por miedo a competir con los faroles del pueblo.

Después de la boda se fue a vivir con su marido frente a la destilería. Sinesio hacía la guardia nocturna y ella le acompañaba para no quedarse a dormir sola. Se acurrucaba en una esquina de la fábrica mientras él hacía la ronda.

La llegada del hijo colmó su felicidad. Atrás quedó la pobreza, el trabajo duro fregando pisos ajenos y el recuerdo de los malditos luceros enanos. Llena de ilusión hizo los preparativos para el bautismo. Le cosió el ajuar nuevo al nene y le encargó la frisita bordada con la cruz en una esquina.

La víspera de la ceremonia se acostó tranquila y contenta. Pero pasó una mala noche. Soñó con Mamá y con Tía y con Cristóbal y con el primo. Se despertó sobresaltada y corrió hasta la cuna del bebé.

Estaba allí, inmóvil como un ángel dormido, como una figura de porcelana - frío e inmóvil como una figura de porcelana. Nila lo contempló un instante y la noche se tragó un grito desgarrador. Frente a la ventana revoloteaban los cucubanos como guiñadas burlonas y malignas.

Nila no lloró más. Se acurrucó junto al cadáver de su hijo. Y se murió también.

por: **PEDRO TERCERO**